

La interpretación de Milani siempre ha tenido dos bandos: quienes sólo ven en él lo pedagógico y quienes miran también a sus raíces cristianas (de converso adulto). Este escrito acentúa lo educativo, pero procura unir ambos aspectos.

Publicado en CUADERNOS DE PEDAGOGÍA 463 (ene 2016) 98-102

Don Milani y los últimos, hoy

José Luis Corzo

Dos avisos

La historia está llena de obras de caridad relacionadas con la escuela y con los pobrecitos; puede que conste en la Historia de la Educación o de la Pedagogía, llena también de trucos maravillosos para integrar en el sistema a los excluidos de él. Sería inútil negarlo, porque se puede ignorar y hasta aborrecer al chino del mercadillo de al lado, pero chinos hay muchos, eh, más de 1.339 millones (según el censo de 2010). Lo mismo pasa con los curas y monjas de la educación (aunque menos que chinos), son innegables por mucha que sea la inquina al vecino minorista o a los hábitos y sotanas. Algunos de ellos abrieron escuelas y fundaron congregaciones para los últimos de la sociedad (aunque lo olviden después hasta sus correligionarios). Ignorar esta veta religiosa del filón pedagógico occidental no es de recibo. A san José de Calasanz (1557-1648) se deben las primeras escuelas infantiles públicas y *pías* (gratuitas) de Europa. ¿No está en los manuales?

Lo digo, y empiezo por aquí, porque – dedicado hace más de cuarenta años al estudio y difusión de la escuela de Barbiana en España y Latinoamérica (aunque menos) – ya me he convencido de que la sotana del cura-maestro Lorenzo Milani repele a muchos ilustres pedagogos. Casi todos han leído *Carta a una maestra*, escrita por los alumnos de Barbiana, pero pocos las *Experiencias pastorales* de su maestro, y eso que contiene todas las claves.

Lo digo también y, sobre todo, porque



El original de este autógrafo de Milani se conserva

la diminuta escuela de Barbiana no se puede encuadrar de ninguna manera entre las obras de caridad con los pobrecitos y – menos aún – entre los esfuerzos por integrar en el sistema a los excluidos (por el mismo sistema). En don Milani no hay paternalismo alguno. Al contrario. Él descubrió en los últimos una fuerza genuina y capaz de denunciar y enmendar nuestro hipócrita “orden establecido”, real y mental.

La clave

Esa es su perspectiva profética (revolucionaria), que los mejores críticos admiran en su obra. Por ejemplo, Pier Paolo Pasolini, quedó seducido por el vigor de *Carta a una maestra* y, Erich Fromm, por la autodefensa de Milani ante el tribunal que juzgaba su ‘delito’ de defender a los objetores de conciencia antimilitares; Milani sostenía que “la obediencia ya no es una virtud, sino la más páfida de las tentaciones”. Aún sorprende la lucidez con que se sabía *de la parte equivocada* del mundo, como hoy repite F. Gesualdi, uno de sus alumnos.

Estos años tras su muerte en 1967 creo que no han hecho más que darle la razón y, en Italia, su figura y sus escritos, siguen en auge y polémica frecuente en la prensa diaria, revistas y libros.

Al lector español le sugiero, pues, armarse de valor para no contentarse sólo con unas propuestas didácticas, por acertadas que sean. Desconfiar del sistema occidental en economía, política y cultura, hace de su pedagogía un mal trago para conformistas, por muy reformistas que sean.

Lorenzo Milani (1923-1967)

Por lo demás, ni en su biografía ni en la crónica de sus dos escuelas parroquiales, encontraremos ninguna *propuesta* que ofrecer en el escaparate de innovaciones y corrientes didácticas genéricas y alternativas, sino más bien una *respuesta* concreta a situaciones

concretas, por más que comunes a muchos otros lugares. Criado en una rica y cultísima familia florentina de raíces hebreas y ambiente agnóstico, Lorenzo se hizo cristiano a los veinte años (1943) e inmediatamente ingresó en el seminario hasta ser sacerdote en 1947. Se incorporó primero a la parroquia de san Donato en Calenzano, a 11 Kms. al noroeste de Florencia: una población rural próxima a la ciudad de Prato, atractiva

para muchos campesinos por su industria textil. Durante la posguerra, Italia hizo su revolución industrial a través de una gran escasez y carestía. Milani abrió enseguida para los jóvenes adolescentes campesinos y obreros una escuela parroquial vespertina, a la que invitaba a hablar y a debatir a muchos expertos. Su volumen de *Experiencias pastorales*, explicando aquella opción, fue enseguida retirado de las librerías por orden del Santo Oficio.

Al cabo de siete años intensos y, tras discusiones eclesiales y políticas con los notables de la zona y de la diócesis, fue enviado en 1954 párroco a Barbiana, a 50 Kms., en los montes que encauzan el Sieve, afluente del Arno, en el Mugello (ahora conocido por su autódromo deportivo). Eran muy pocas familias de labradores y ganaderos de montaña, habitantes en casonas esparcidas por el monte y al cargo de propiedades ajenas en régimen de aparcería. La iglesia y vivienda del cura, convertida en escuela, también se halla solitaria en una ladera y muchos de sus alumnos – de menos edad que en Calenzano – caminaban más de una hora al ir o al volver. Carecía de agua, luz, teléfono y carretera, como la mayoría de sus parroquianos. En 1965, tras diez años de soledad y ya enfermo de leucemia, sólo una revista comunista, *Rinascita*, publicó su dura respuesta a ciertos capellanes castrenses que acusaban de cobardía y falta de amor cristiano a los objetores contra el servicio militar. Su causa judicial fue seguida por la prensa nacional y extranjera y contiene las páginas pedagógicas más profundas que nunca escribió. Semanas antes de morir un 26 de junio de 1967, con sólo 44 años recién cumplidos, salió *Carta a una maestra* que, sin quererlo, proveyó de pancartas a la revuelta estudiantil italiana de mayo del 68 y ha sido traducida a muchísimas lenguas.

Su aportación

Que, sobre cualquier otra *propuesta* pedagógica general, prevalezca una simple *respuesta* a aquellos parroquianos de



en Madrid

Calenzano y de Barbiana, ya supone una gran y primera innovación (pedagógica y religiosa) para nuestros esquemas; quienes no la entienden, todavía preguntan qué queda de “la experiencia” de Barbiana: como si el invento debiera sobrevivir a sus destinatarios, fugitivos de una mísera explotación agraria, hoy ya finiquitada en aquellos montes. Sin embargo, aún persisten *Barbianas en el mundo* (E. Balducci), y en latitudes no sólo rurales, como las que nos empujaron a crear la *Casa-escuela Santiago Uno* de Salamanca en 1971, que aún dura. Y es que en educación ellos son lo primero, los alumnos, y conocer bien su enclave humano (si se logra) es punto de partida indispensable para escoger los métodos y, sobre todo, las actitudes de fondo más convenientes. ¿No hay que asegurar a los estudiantes de Educación una capacidad de análisis antropológico y social que impida convertirlos en ejecutores de un plan político para modelar a la población? El *constructivismo* del aprendizaje (LOGSE 1990) desechaba la transmisión pura y dura de conocimientos previos, típica de la escuela *bancaria*, como la llamó Paulo Freire (al que tampoco se debe leer sin sus raíces).

Sintonía con Paulo Freire (1921-1997)

Cada uno por su lado, aunque contemporáneos, ambos supieron diferenciar dos procesos humanos que suelen convivir en las escuelas y que, enredados entre sí, se confunden fácilmente en nuestro lenguaje cotidiano: aprendizaje (de conocimientos, destrezas y hasta valores) y educación. El error más habitual consiste en creer que se educa igual que se enseña, transvasando algo de uno a otro; o que, a base de enseñar ciertas cosas – y de ocultar muchas más –, se modela al prójimo. La enseñanza-aprendizaje es lo propio de la escuela y la hace necesaria; pero no define ni determina la educación, pues madurar como persona requiere un largo proceso muy distinto, que ni se deja transmitir ni inculcar ni clonar. Comporta afrontar los desafíos de la vida colectiva y tejer así, con ellos, una verdadera red de relaciones personales. Los desafíos – dice Freire – provienen de lo *otro*, la naturaleza; de los *otros*, semejantes y extraños; y, por fin, del misterio mismo de la vida (propia y ajena), el *Otro*, al que algunos llaman Dios. Ni desafíos ni respuestas se enseñan ni se aprenden, pues

acontecen en la vida misma de cada uno en su mundo. Por eso sentenció Freire en su *Pedagogía del oprimido* (1969) que “nadie educa a nadie, así como tampoco nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan en comunión, mediatizados por el mundo”.

El descubrimiento de Milani y de Freire arraiga ahí: los oprimidos, los últimos, ven otros desafíos de la vida colectiva e, incluso los que compartimos con ellos, los ven desde una perspectiva muy distinta a la nuestra. Tratar de educar a los excluidos – aparte de algo imposible que sólo deriva en domesticación – malogra su educación ¡y la nuestra!, que carecemos de sus muchas riquezas. Algo así acuñó José Bergamín en versión familiar: “La verdadera enseñanza de la vida/ no la dan los padres a los hijos/ sino los hijos a los padres”; o en versión escolar, don Milani ante sus jueces: “el maestro, en lo posible, debe ser profeta, escrutar los signos de los tiempos, adivinar en los ojos de los muchachos las cosas bellas que ellos verán claras mañana y que nosotros sólo vemos confusamente” (Milani 2014, 41).

Que la perspectiva y óptica de los marginados sea más humana y más rica que la nuestra no es una convicción fácil, pero en ambos



pedagogos es indiscutible. Su mayor coincidencia está en subrayar que la *palabra* es la herramienta fundamental de que carecen los últimos. Sin palabra no hay igualdad posible; el razonamiento

no prospera; nacen sentimientos de inferioridad y temor ante la derrota social, y cierto egoísmo, cerrazón y aislamiento en el propio grupo social, como Milani descubrió en sus parroquianos. Sin la palabra, menguan también las posibilidades de trabajo y de salario justo y se propicia la pobreza económica. La escuela es un arma.

La escuela urgente

El aprendizaje escolar puede ayudar – así como estorbar – mucho a la educación. Los mejores maestros han buscado la convergencia de ambos procesos para que la escuela sea más educadora. Por ejemplo, puede enseñar los desafíos más vivos de la realidad humana, en vez de esconderlos con aprendizajes secundarios e inconexos. No nos extraña la sentencia de M. Mead en el libro de E. Reimer (*La escuela ha muerto*): “mi abuela quiso que yo tuviera una educación; por eso no me mandó a la escuela”. La prueba la tenemos en nuestros amigos muy maduros y sin estudios; también en algunos diplomados y doctores muy maleducados.

Los de Barbiana están muy lejos de la propuesta desescolarizadora de Ivan Illich y no les cabe duda: la escuela – no selectiva, sino compensatoria a favor del último – es un inmenso

sociocultural italiano, como Francesco Gesualdi desde su “centro nuevo modelo de desarrollo” (CNMS).

Por lo demás, los **métodos** didácticos de Barbiana se maceran con la actitud de un maestro que quiere personalmente a sus alumnos (algo esencial) y aprende de ellos. La vida diaria de la escuela no seguía horarios ni asignaturas separadas, que sólo son herramientas para estudiar la vida misma; ellos se las enseñaban unos a otros, porque la escuela oficial los examinaban por materias. Para conocer bien la vida invitaban a dejarse preguntar a mucha gente; aprendían idiomas; viajaban aposta y leían juntos el periódico. Convivían y trabajaban manualmente; y, sobre todo, hacían escritura colectiva para dar juntos con las palabras que cifraran bien los desafíos comunes y las mejores respuestas.

¿Y hoy quiénes son los últimos?

No es tan fácil saberlo, porque siempre te encuentras con alguien más atrás. En la dinámica evangélica de don Milani, los últimos (que serán los primeros) eran los pobres y faltos de dignidad social (leprosos, publicanos, prostitutas...); pero Milani no salió en su busca y se limitó a acoger y mimar más que a ninguno a los discapacitados de su entorno. Pero un día respondió así a un escolapio: “si me hicieran dar clase a los hijos de los ricos, objetaría. No se puede dar escuela sin amar y no se puede amar a un muchacho sin amar a su familia y no se puede amar a una familia sin amar su mundo. Pero el mundo de los ricos no se puede amar” (Corzo 2014, 44).

En todo caso, no conviene establecer la escala social desde los más instalados en el sistema hacia abajo, como si la clave fuera el dinero. El calibrador barbianés era la falta de palabra propia, porque arrastra consigo muchas carencias sociales. Hoy apenas notamos en los pobres falta de lenguaje, ni percibimos su fuerza en nosotros mismos, ni nos gusta hablar de lucha de clases; creemos que ha desaparecido, porque, gracias a la escuela obligatoria, muchos últimos hablan como nosotros y, hasta los parvulitos, aprenden el inglés en la escuela como si nada; la radio, la televisión y las nuevas tecnologías inundan de palabras (e imágenes) la aldea global: ya todos saben hablar y no paran. El *gran hermano* nos ha enseñado. ¿Habrà llegado la



bien, si no integra a los alumnos en nuestro sistema arribista. Fruto de aquella escuelilla de montaña hay alumnos brillantes que, sin haber pisado la universidad, sobresalen en el panorama

igualdad?

La *Carta a una maestra*, tras denunciar duramente la selectividad escolar y el daño que causa a Gianni, el último, aún nos sorprende con esta sentencia: “El daño más hondo se lo hacéis a los escogidos”, a Pierino. “Sería un milagro que su alma no saliera enferma”, porque “la verdadera cultura, la que todavía nadie ha poseído, se compone de dos cosas: pertenecer a la masa y poseer la palabra. Una escuela que selecciona destruye la cultura. A los pobres les quita el medio de expresión. A los ricos les quita el conocimiento de las cosas”. Y es que Gianni “es un desgraciado porque no sabe expresarse; afortunado él, que pertenece al gran mundo. Hermano de toda África, Asia y América Latina. Concedor desde dentro de las necesidades de la mayoría”. Pierino, en cambio,

que hablar sí sabe, es “desgraciado, porque habla demasiado. Él, que no tiene nada importante que decir, que sólo repite cosas leídas en los libros, escritas por otro como él” (Alumnos 2007, 106-7). Así que tan último sería el que no sabe hablar como el que habla *por boca de ganso*, es decir, por la boca de su ayo o maestro (Covarrubias) sin ser crítico.

Es decir, la principal respuesta de Milani, cuando todavía el gran hermano no era tan poderoso, fue dar la palabra; lo que en español significa: primero, cederla a quien espera su turno para hablar; o también – además de comprometerse con lo que uno dice – enseñar a otro nuestro propio lenguaje para que llame a las cosas como nosotros y sea como nosotros (clonar nuestra perspectiva). Sin embargo, Milani (y Freire) aportan un cuarto significado: desear “que lo digan ellos”, los que sólo hablaron con las horcas de la siega y con los hachones de las hogueras cuando la palabra sólo era nuestra. Don Milani es diáfano en este punto:

“Quien cree en la vocación histórica de los pobres para llegar a ser clase dirigente (sin perder la propia personalidad y los propios dones) querrá ofrecerles una cultura entitativamente diversa de la que usa. O mejor aún, no querrá ofrecerles ninguna cultura, sino sólo el material técnico (lingüístico, léxico y lógico) necesario para fabricarse una cultura nueva que no tenga nada que ver con la otra” (Milani EP, 144). “Así que no les entregaremos las cosas que hemos construido y que se están cayendo por todas partes, sino sólo las herramientas del oficio (esto es, ante todo la lengua, las lenguas, etc.) para que ellos construyan cosas completamente diferentes de las nuestras, y no bajo nuestro alto patronazgo ni complacencia paternal” (Milani 2.3.1955).

El método de la *escritura colectiva*, con que se escribió *Carta a una maestra* es la prueba de que Milani, en un duro y paciente trabajo de equipo, buscaba con sus muchachos una nueva cultura. Y ¿qué otra cosa significa *educar(nos)* (como pretende nuestra revista milaniana: www.amigosmilani.es)?

